

le preguntó por qué escogía aquel punto: "Para no ser herido," respondió el cínico. El dicho es agudo; pero la conducta fué bufonesca para un filósofo, y fuera de esto demasiado acerba para el arquero.

El hombre que con sus dichos agudos aspira á escitar en otros la risa, no debe ser el primero en reir de ellos; un chiste dicho con seriedad se hace mas picante. Empero, se haria ridículo, si pretendiese aplausos por necedades, y recordase que divierte á esta ó la otra concurrencia con tal ó tal otro chiste y lo repitiese con apariencias de vanidad. Tampoco conviene hacer objeto de chistes mordaces á los hombres generalmente estimados, para no imitar á Aristófanes, que despues de tantos siglos queda todavía con la mancha de haber puesto en irrisión á Sócrates. Lo mismo debe evitarse con las personas muy estúpidas, porque ninguna gloria resulta de contender con ellas; ni con los miserables é infelices, porque seria crueldad, exceptuado el caso de que fuesen fanfarrones; ni con los demasiado sensibles, porque una pulla los envilece; ni con los vengativos, porque nos esponemos á pagar la burla; dígase lo mismo de los ignorantes poderosos, para quienes una chanza es una flecha agudísima que les penetra el alma. En general, no se debe chancear á ciegas, porque es ignorancia é imprudencia.

II. Persona á quien es dirigido un chiste.

Es mejor á veces dejar correr una chanza sin respuesta, que empeñarnos en un combate con persona que acaso no intentó picarnos; fuera de que se evitan esclarecimientos que, en vez de acercar los ánimos, los alejan mas y mas.

Cuando no es posible disimular y se ve que otros rien á nuestras espensas, es lo mejor reir uno tambien, y sobre todo, no mostrar resentimiento ó disgusto, como ya se ha dicho. Se ven hoy personas inurbanas que no saben responder á una inocente chanza sino con injurias y villanías; por esto toda persona prudente, que no quiere comprometerse, huye de encontrarlas.

Si no es permitido responder con aspereza, sí lo es redargüir y volver la pelota á quien la echó; tal es el derecho del juego que toda persona racional debe respetar.

III. Asistentes á las chanzas.

Las gracejadas que agradan al público, se hacen muchas veces insípidas á las personas sensatas. Poco honestas parecen entre graves matronas aquellas burlas, que no serian tomadas por tales en un corrillo de hombres.

"Varian por otra parte tanto los juicios de los "hombres acerca del ridículo, que parece casi imposible fijar su verdadero y esencial carácter; co-

“mo quiera que parecerá á uno noble y chistoso un
“dicho que para otro sea grosero y desagradable.
“Sabemos en efecto, que á Ciceron, rico por otro
“lado en el talento del chiste, le acomodaban las
“jocosidades de Plauto, mientras que Horacio las
“reprobaba como inurbanas y sin gracia.”

Hé aquí nuevos motivos para conocer íntima-
mente el carácter y el gusto de las personas con
quienes se conversa, á fin de que nuestros dichos
no hagan nacer el enfado en su ánimo, cuando as-
piramos á escitar el deleite.

IV. Cualidades de los chistes burlescos.

Es necesario un gusto delicado y fino para dis-
tinguir 1º lo que roza de lo que punza; 2º lo que
punza de lo que es insípido; 3º lo que es insípido
de lo que es trivial; basta el sentido comun para
discernir lo que es trivial de lo que es fastidioso.
Estos cuatro grados sirven de escala, por decir así,
para apreciar las burlas.

La finura del gusto es el resultado de cierta faci-
lidad de imaginacion, de volubilidad de espíritu, de
fecundidad de ideas, de rapidez en las comparacio-
nes, de agudeza de juicio y delicadeza de senti-
miento.

Con el auxilio de estas facultades se llega á com-
poner un misto feliz de serio y jovial, á vestir de
formas risueñas las ideas mas abstractas, á encon-
trar una mácsima, que corrija agradando, un agui-

jon que pica sin irritar y una censura que no ofen-
de ni el respeto ni la amistad.

Quando provistos de estas facultades, se observa
que los circunstantes están dispuestos á escuchar-
nos; que el asunto merece la pena de hablar; que
todas las circunstancias nos son favorables, enton-
ces, si alguna idea festiva y capaz de alegrar una
sociedad amable, se presenta á nuestro espíritu, se
cometeria una especie de injusticia si la privásemos
de ella, cualquiera que sea el carácter y el cargo
que ocupemos en el estado.

Los chistes burlescos, que pueden llamarse la flor
del ingenio, deben ser delicados. D'Alembert, refi-
riendo el dicho de Bourdaloue, relativo á Despreaux:
Si Despreaux me pone en ridículo en sus sátiras,
yo se lo haré pagar en mis sermones, D'Alembert
con toda su delicadez activa, añade: “Hay todas las
apariencias de que esto no habria sucedido en el
sermon del perdon de las injurias.”

Para no repetir lo ya dicho en el capítulo ante-
cedente, nos restringiremos á indicar algunos defec-
tos que se deben evitar en el manejo de esos chistes.

1º *No han de ser insípidos.* Lo son siempre
los que se resuelven en equívocos, hipérboles echa-
geradas, juegos de palabras, ó éstas de doble senti-
do, cuya significacion propia se quita, sustituyendo
otra que no lo es. Siendo mas fácil repetir palabras,
sonidos y sílabas, que aprehender las cualidades le-
janas de las cosas ó descubrir las ocultas; por esto

los indicados chistes agradan al vulgo, mientras que causan fastidio á las personas sensatas. Los muchachos revuelven las cartas en medio del juego cuando no lo tienen bueno; los necios no pudiendo alimentar la conversacion con la amenidad de sentimientos é ideas, la interrumpen con juegos de vocablos y retruécanos, con que parecen decir alguna cosa sin decir nada, y son el tormento de cualquiera que esté dotado de un poco de talento.

2º *No deben ser bufos.* Son tales cuando versan sobre cosas cuya imágen ofende el gusto, como su realidad ofende los sentidos. Lo son tambien aquellas chanzas que alarman el pudor.

3º *No deben pecar por excesiva malignidad.* En la consagracion de una abadesa, los magníficos tapices, los vestidos recamados, los diamantes y perfumes, la música, y los varios obispos que ejecutaban las ceremonias eclesiásticas, causaron tal sorpresa á una buena muger, que no pudo menos de esclamar: *Este sí que es el Paraiso.* Uno que la oyó, respondió malignamente: *Si lo fuera, no habria tantos obispos.*

4º *No deben pecar por excesiva acerbidad,* debiéndose emplear la sal, pero con moderacion.

5º *Los chistes, cuando lo permite el asunto, deben atraer los ánimos á la moral.* Se reprochaba á una jóven el que consintiese casarse con un hombre que contrariaba de frente los usos y modas del tiempo, un *original* en una palabra; pero la singu-

laridad de este hombre no era sino un vicio del espíritu, y nadie era mas honesto que él. Por esto la jóven que lo conocia, respondió con delicadeza:

Yo consiento en casarme con él, porque espero que será buen marido por singularidad.

6º No se debe cambiar el medio en fin, esto es, *no conviene consagrar á los chistes y burlas aquel tiempo que se debe á cosas mas graves.* Los normandos eran tan apasionados por estos combates de ingenio, ó duelos de vocablos y chistes, que hasta en el ardor de un asedio suspendian los enemigos las hostilidades para abandonarse á una guerra menos dañosa, guerra de palabras, redarguciones y bufonadas. Cuando alguno de los dos partidos era invadido de este deseo, se mostraba al otro en traje blanco, lo que era reconocido y aceptado como un desafio de donaires. No era esto reprehensible en tiempo de guerra, siendo menos malo divertirse que matarse; pero Salisbury les censura á dichos pueblos esa inmoderada pasion aun en tiempo de paz.

§ 4º *Ventajas que pueden sacarse de los chistes.*

Aunque los donaires se reduzcan á rasgos momentáneos de ingenio, que semejantes á chispas, comparecen y se estinguen en un instante, no por esto se sigue que no puedan ser causa de grandes eventos. En efecto, cuando se trata de cosas morales, los efectos dependen de la determinacion de

la voluntad; pues para determinar la voluntad bastan los mas frívolos motivos, tanto cuando faltan los graves, como cuando éstos se encuentran en oposicion, así como basta un simple adarme para inclinar la balanza cuando los pesos mas graves la tienen en equilibrio. El análisis de los hechos pondrá en mayor evidencia este pensamiento.

1º Los que en el cálculo de los efectos solo consideran las masas aparentes, enarcarán las cejas si se les dice que *un donaire puede ser igual en fuerza á un ejército*; y sin embargo es preciso admitir rigurosamente esta ecuacion, cuando se observa que un ejército aterrizado por el mayor número de los enemigos, puede recibir de un chiste tanta fuerza valerosa, cuanta se requiere para vencerlos, como varias veces lo ha probado la esperiencia. Antes de la batalla de Trasimene, los cartagineses estaban espantados del numeroso ejército de los romanos, que era doble del suyo. Giscon no pudo menos de manifestar á Anibal su sorpresa. “Pero hay una cosa que todavía me sorprende mas, respondió este general, y es, que en este gran número de enemigos no hay uno solo que se llame Giscon.” La historia refiere que esta sangre fria animó el valor de los cartagineses; porque no podian persuadirse que estuviese dispuesto á chancear su general en momentos tan importantes, sin estar seguro de bati-
tir al enemigo, como lo batió en efecto y venció.

En un caso semejante, otro general fué solicita-

do para que hiciese reconocer á los enemigos que se adelantaban en muy crecido número: “Los contaremos, dijo, cuando los háyamos derrotado.” Estas palabras bastaron para hacer pasar á los soldados del temor á la esperanza, de la cobardía al valor, y hacerlos vencedores de aquellos de quienes momentos antes temieron ser vencidos.

2º Es sabido que el orgullo de los tiranos no sufre retardos; que sus voluntades se ejecutan en razon de su poder; que sordos á la clemencia, á la justicia y á la razon condenan á muerte á quien les hace algunas objeciones, de manera que, para equilibrar sus deseos, convendria tener un poder igual al suyo. Este poder se encuentra en un chiste, en una jocosidad: *un chiste puede cambiar las mas resueltas determinaciones de un tirano*. Véamos un ejemplo. Todos saben cuán despótico y feroz era Enrique VIII de Inglaterra. Teniendo motivos de disgusto contra Francisco I de Francia, le despachaba por embajador á un obispo inglés, á quien quiso encargar de un discurso lleno de hiel, orgullo y amenazas. Este prelado, percibiendo todo el peligro de su mision, trató de escusarse de ella. “No temais nada, le dijo Enrique, porque si el rey de Francia os mandara matar, yo haria echar abajo las cabezas de multitud de franceses que tengo en mi poder.”—“Todo está muy bueno, replicó el obispo; pero de todas esas cabezas ninguna se amoldaria tan bien á mi busto como la que tiene ahora.”

Este chiste, que hizo reir á Enrique, logró hacerle cambiar de resolucion; sin él, acaso contarian la Inglaterra y Francia una guerra mas.

3º Partiendo de la idea imponente acerca de los deberes de un ministro, de la gravedad de los motivos que hayan de determinarlos, de los perjuicios que acarrea el escaso mérito llamado á los cargos públicos, se tiene mucha pena en comprender *que con un chiste se pueda conseguir aquel empleo que nos habia sido negado por falta de mérito;* y sin embargo esta posibilidad se ha realizado muchas veces. Hé aquí un ejemplo tomado de la historia. El marqués de San Andres, solicitaba empeñosamente de Louvois, ministro de la guerra en Francia, el que le confriese un empleo; el ministro, que habia recibido muchas quejas contra este oficial, se lo rehusaba. "Si yo comenzase á servir, sabría muy bien lo que haria, replicó el oficial un poco conmovido.—¿Y qué hariais? le dijo el ministro, en tono de resentido.—Reglaría tan bien mi conducta, repuso el pretendiente, que nada encontrarais en ella que corregir." El ministro, sorprendido agradablemente de esta respuesta, le concedió lo que antes le habia negado.

4º *Un chiste puede obtener aquel premio que no obtiene la razon, que no obtiene la importunidad y acaso es mas valedero que la razon.* Un poeta aguardaba todos los dias á Augusto en cierto lugar de tránsito para presentarle un epigrama que

llevaba en mano: esperaba por él alguna recompensa; pero esta no llegaba. Un dia el emperador, por divertirse á costa del poeta y burlarlo agradablemente, le presentó unos versos hechos en su honor. El poeta, despues de haberlos leído todos, sacó dinero de la bolsa y se lo dió á Augusto, diciéndole: "Lo que os ofrezco no es digno de vuestro mérito; pero yo no puedo hacer mas." Augusto, prendado de esta respuesta nueva y picante, le mandó dar 100.000 sesteracios (cerca de 26.000 pesos fuertes). Hé aquí una buena leccion de moral bajo el velo de un doctore.

5º No hay cosa mas comun ni mas enfadosa que los fanfarrones: mil veces oyen las razones que condenan su conducta, y otras tantas vuelven al campo con sus fanfarronadas. *Un chiste puede reducir fácilmente al silencio á uno de estos;* supuesto que en general *es mas dificil responder á una gracejada, que á una buena razon.* Así, por ejemplo, un jóven que se envanecia de saber todo y haberlo aprendido en poco tiempo, añadía haber gastado fuertes sumas para pagar á sus maestros. Uno de los que lo oyeron, no pudiendo contenerse á tales jactancias, le dijo friamente: "Pues á fé, que si encontráis quien os dé cien pesos por todo lo que sabeis, creedme, que no debeis tardar en tomarlos." El dicho era escelente aunque punzaba un poco en lo vivo. Sabido es que la petulancia es muy comun entre los militares, quienes por la imposicion de la es-

pada ya se creen inspirados de la valentía del Cid Campeador. Uno de estos gloriábase delante de Ciceron de haber sido herido en el rostro en la última batalla en que había combatido.—*Eso es lo que sucede*, respondió el orador romano, *siempre que se mira atrás cuando se huye.*



ARTÍCULO SEGUNDO.

COMPARACIONES HISTÓRICAS.

CAPÍTULO I.

Exposición del asunto.

En el curso de este escrito se ha hecho alusión muchas veces á los usos de los tiempos bárbaros y semi-bárbaros *con el objeto de dar realce á la actual civilización.* Considerada ésta en su verdadero punto de vista, es el triunfo de la limpieza sobre la porquería, de la ciencia sobre la ignorancia, de la industria sobre la indolencia, de la paz sobre la guerra, del interés sólido y permanente del público, sobre los intereses frívolos y momentáneos de los particulares; y en suma, de la inteligencia y saber sobre la fuerza brutal y ciega.

Aquel complejo de estímulos, de instintos, de afectos desenfrenados, impetuosos y discordantes de la ley de la razón, cual se observa en el hombre, apenas salido de las manos de la naturaleza, se llama por la filosofía *barbarie*, y por la teología *corrupcion*; la primera se fija en el hecho, la segunda